

Manuel E. Hübner

Tres capítulos de una novela

Mi abuelo

MI abuelo era corto de piernas y excesivamente musculoso, hecho como de nudos tejidos. Enarcaba la inmensa espalda al andar, dejando caer los brazos larguísimos y apoyándose en ellos como en dos balancines. Era una marcha oscilante, de ángulos sucesivos, casi a cuatro pies, evitando mareas imaginarias en tierra. Era todo un orangután visto de lejos, mi abuelo Gunnar. Y esto era aún peor cuando estaba bebido.

Tenía una cabezota imponente, roja y abotargada, con un cuello rebosando sangre y tan grueso que le unía el occipucio a las gigantescas espaldas. Por lo demás, sus ojos excedían a cuanto pudiera pedirse; ojos pequeños y ágiles, del color del pedernal, coleteando como peces bajo el alborotado cañaveral de las cejas. La boca, evidente, de labios apretados, el cabello antes rubio y ahora blanqueado a manchones cenicientos, y su nariz, una soberbia nariz de tres montes, roja, de venas reventadas y como hecha de prisa, completaban su fisonomía. No puedo—por no fatigarlos—olvidar el resto de la cara de mi abuelo: una pipa corta, oscura, de fresno oloroso, muy gastada ya, cuyo encanto mayor estaba en su olor especialísimo, suficiente para llenar la infancia de un centenar de niños más fantaseadores.

Mi abuelo se definió por dos cosas majestuosas y fenomenales: su fuerza prodigiosa para triturar pequeñas piedras de

río entre sus dedos cortos y velludos y, sobre todo, una canción bárbara y alegre que cantaba con voz atronadora cuando el aguardiente le espumaba en los labios y hacía saltar una lluvia de chispas de sus ojos color de pedernal. Un día me explicó que era «la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago». Aunque esto nada me dijo, la maravillosa canción continuó siendo cada vez más bárbara y brutal para mí. Siempre, y no sé exactamente porqué, oía con toda claridad en ella el chocar de las patas de los caballos en la nieve y el estruendo de los vasos de estaño, en el brindis de los caballeros alegres, con las espesas cotas de malla y las espadas cortas teñidas de sangre. Y muchas veces, ahora que soy un hombre gastado y maduro, quisiera saber—para echarla a rodar a gritos sobre los días iguales— «la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago».

Bueno, este es mi abuelo, Gunnar Berg, décimonono de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland. Comprendo muy bien que ya he hablado demasiado sobre él. El tiempo de Uds. vale tanto como el mío, pero era necesario mostrarles de cerca a mi abuelo para que aprendieran a amarlo como lo amé yo y para que así pudieran tenerme alguna simpatía a mí, Arne, vigésimoprimeros de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland.

Mi padre

Ahora es indispensable presentarles a mi padre. A la verdad, yo no sentí nunca ningún entusiasmo por él. Mi abuelo con su olor a aguardiente y su chaqueta de cuero llenó demasiado mi infancia. Mi padre no llevó jamás en sus hombros ninguna de aquellas bengalas hacia donde vuelan las manos de los niños. Cuando pude haberlo querido ya era demasiado tarde para ver en él otra cosa que no fuera el mismo.

Mi padre se llama Cristián y pertenece, como mi abuelo y como yo, a los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland. Para ser sincero, tendré que decir que eso siempre lo tuvo sin cuidado. Nació moreno, casi cobrizo, con el color de

las hojas del tabaco antes que las trituren. En su mediana estatura, en sus espaldas sin esfuerzo y en sus músculos nudosos como parras podía reconocerse, con algún trabajo, al abuelo. Sobre todo, los ojos, de un azul de frío, soberbios y rutilantes como escudos. Nada más debería contarles si no fuera su aversión instintiva al mar y el grande y sostenido dolor que eso le causó siempre a mi abuelo. Durante toda la adolescencia de su hijo el abuelo avizoró ansiosamente esperando sentir al mar con su estrépito ronco de algas y de caracoles. Su espera fué inútil como la de los vigías que acechan desde las cofas el pescado lejano y azul de una costa cualquiera. Mi padre amaba las montañas, los árboles y todo lo que persiste en la vida. Esto hizo derrumbarse para siempre uno de los sueños más caros del abuelo: la pesquería en la caleta de El Membrillo con el mar hervido de barcas y las tardes suspendidas entre los aparejos.

Mi padre fué siempre infatigable y recto como una proa. De niño era quieto y voluntarioso y consiguió cuanto se propuso yendo más allá de su deseo y la repetición de su deseo. Conservó de hombre una decisión fría. Me fué imposible darme cuenta si las ambiciones de la gente de tierra llegaban también hasta su corazón alto y erguido, pero puedo afirmar, en todo caso, que acertó siempre que lo quiso, las certeras boleadoras de su gran voluntad. Cada vez que mi padre derribaba altas vacilaciones, mi abuelo se contentaba con extraer de su chaqueta de cuero el olor del mar y el nombre de las aldeas del Leuven.

Decía también mi abuelo que el nombre de Cristián no cabía de ninguna manera en el corazón sin caminos de mi padre. Esto era muy claro para mí y en vano dilapidé algunas noches de mi infancia en colocarle a mi padre, debajo de su nombre, unos deslumbradores bigotazos rojos y un grito de guerra, estentóreo y penetrante, despertando los gorriones en el bosque de alerces y de pinos que denuncia desde lejos a Lotafors. Verdad es que me era penoso su color de cacharro peruano, y pronto adiviné que mi infancia no podría asomarse jamás al balcón de

aquellos ojos sin ventanas, resbalando encima del sueño como las estaciones desde los trenes expresos. Y era por eso—siento que Uds. me comprenden bien—que corría hacia los ojos de mi abuelo, llenos de respuestas y de corazón. Verdaderamente, era muy hermoso trepar por sus miradas seguras y asomarse desde allí, igual que un torrero, a la soberbia nariz de tres montes oliendo a ron y a lejanía.

Pero volvamos a mi padre, al que quisiera desvestir pronto en palabras cordiales y dejarlo hablando, así, de repente, y que oyeran Uds.—con la misma sorpresa que yo—su voz mate y aplastada debajo de las palabras como esos insectos que hierven bajo las piedras de las murallas mojadas.

La tienda.

Mi padre medró pronto y a pesar de su corazón indefinible y la exacta correlación de su esperanza y su deseo, vino, precisamente, a hacer fortuna en algo que entusiasmó a mi abuelo y fué como un aceite perdurable para la lámpara encendida de mi infancia.

Y he aquí que se trata—oh dicha—de la tienda, de la gran tienda de mi padre. Llegó después a tener un centenar de chimeneas a su servicio. Para mí será siempre la tienda de la calle Vivanco, cerca de la Aduana, esquinando el callejón Argomedo, con sus paredones colorados, su gigantesco escaparate, su acera de tablones podridos y la escalera de travesaños verdes que conducía a la gran sala subterránea. Realmente era hermosa con su largo mostrador negro y sus vitrinas de corredera donde gesticulaban al atardecido grampas, drizas y otros objetos maravillosos. Recuerdo el piso de tablas rojas y juntas de brea y las cuatro lámparas de parafina de los extremos, con sus globos enormes de porcelana blanca. Aquello estaba siempre oscuro durante el día. La luz de la calle bajaba la escalera vestida de gris y embozada en la niebla marina. Cierto es que olvido algunos fragaluces enrejados, abiertos a flor de calle, por los cuales entraba una claridad mortecina, interceptada generalmente por las suelas llenas de barro y las habla-

doras botas de los que preferían la acera izquierda del callejón Argomedo.

En los días de temporal mi padre las tapiaba cuidadosamente con trozos de lona, y no había nada más triste que los dedos de vidrio de la lluvia castañeteando su pena en la acera de tablones podridos mientras las cuatro lámparas de parafina ardían temblando su asustada llama. Entonces era terrible la tienda subterránea, negra y asfixiada como una sentina. Los barcos extranjeros bailoteaban en la bahía taladrando el cielo bajo con sus desesperados lamentos. La lluvia quebraba con rabia sus cruces de vidrio en el agua sucia y efervescente. Amarillo, gris, negro, ciego de rabia, el mar desplegabá en fila de batalla sus iracundas olas, arremetiendo, pateando, destrozando el malecón con su piqueta furiosa de minero enloquecido.

Siempre faltaba mi abuelo en esos días solemnes y mi terror llegaba al colmo, apretujado contra los ojos vacíos de mi padre, huyendo de los relámpagos que entraban como ladrones por los pequeños fragaluzes, tapándome los oídos para no escuchar las flautas frenéticas del viento y los roncós asaltos del mar.

Ahora recuerdo no haberles dicho nada acerca de las industrias de mi padre. Eran los cordeles, las jarcias, las velas y los aparejos para barcos. Así lo detallaba en letras aburridas un pequeño letrero que introducía como un criado a la querida escalera de la sala subterránea. También estoy pensando en la bodega donde se guardaban las existencias de la tienda y mis primeros terrores de niño. Era un hacinamiento de cables y de cosas confusas que en la oscuridad adquirirían terribles proporciones, sobre todo cuando el viento, silbando entre los barrotes de un diminuto fragaluz, se paseaba a pasos desmesurados e impacientes por la oscura bodega. Recuerdo, entre otras cosas, varios cabrestantes en cruz que enrollaban cables de todos los gruesos y un diminuto palo de mesana con un mastelero, un foque y una cangreja, todos ellos minúsculos y maravillosos. ¡Velamen inolvidable de la infancia mía, trepado a ti alcancé a divisar muchas veces, con las manos en visera sobre los ojos

absortos, muy a lo lejos, los fiordos de Suecia, metálicos, verdes y soñando!

He guardado intencionadamente para el final la única cosa que me era imposible soportar en la maravillosa tienda de mi padre. Era el rótulo de la tienda, horriblemente resquebrajado por el calor y la lluvia vieja, de un ocre de papagayo donde decía en letras verdes, gordas y exasperantes «Santibáñez y Berg» y más abajo, en pequeñas letras azules «Cordeles-lonas-aparejos». Me exasperaba ese nombre de Santibáñez, con olor a percala, empinándose, muy satisfecho sobre la punta de los pies, junto al soberbio nombre de mi padre.

Nunca me pude explicar cuando niño y mucho menos ahora que soy un hombre maduro que padece de tos, por qué no decía ese letrero: «Cristián, de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca de Vermland». Cuando mi abuelo se impuso de esta reflexión mía, vi encenderse sus ojos de las más orgullosas satisfacciones.

No debo ocultarles tampoco aquella vez en que ambos nos pusimos de acuerdo para derribar el infame letrero, en una noche de temporal, mientras el viento soltara sus perros de caza y la lluvia arreciara a grandes perdigonadas sobre la desierta calle Blanco. El viento y yo bailaríamos a patadas furibundas sobre las letras verdes, mientras que él, Gunnar Berg, cantaría con rabia y a voz en cuello «la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago».